y lo adornó de muchas cosas de los despojos que trajo desta guerra. Salió luego contra los chilapanecas y los sujetó, y a los de Quauhteopan y Tzumpahuacan, que son provincias apartadas de esta ciudad, y en tierras calientes.

CAPÍTULO XLVII. *Donde se dice el crecimiento que hicieron las aguas de esta laguna mexicana y el remedio de esta inundación; y de una hambre que tuvieron estos mexicanos, y guerras contra los chalcas*

A LOS NUEVE AÑOS DEL REINADO DE MOTECUHZUMA crecieron tanto las aguas de esta laguna mexicana, que se anegó toda la ciudad y andaban los moradores de ella en canoas y barquillas, sin saber qué remedio dar ni cómo defenderse de tan grande inundación. Envió el rey sus mensajeros al de Tetzcuco, que sabía ser hombre de mucha razón y buena inventiva, para cualquier cosa que se ofrecía, pidiéndole acudiese a dar alguna traza para que la ciudad no se acabase de anegar, porque ya estaban arruinados y caídos muchos de sus edificios. Nezahualcoyotl, que sentía esta ruina como si fuera en su propia casa, vino con presteza a Mexico y trató con Motecuhzuma que el mejor y más eficaz remedio del reparo era hacer una cerca de madera y piedra que detuviese la fuerza de las aguas para que no llegasen a la ciudad; y aunque pareció caso dificultoso haber de atajar el lago (como en realidad de verdad lo fue) viendo que por otra parte era el eficaz remedio, húbose de tomar el consejo y poner en ejecución la cerca. Llamaron para el socorro de esto a Totoquihuatzin, rey de Tlacupan, a Xilomantzin, señor de Culhuacan, a Cuitlahuatzin, señor de Itztapalapan y a Chimalpopoca, de Tenayucan, los cuales, todos juntos, comenzaron la obra de la albarrada vieja, que cierto fue hecho muy heroico y de corazones valerosos intentarla, porque iba metida casi tres cuartos de legua el agua dentro y en partes muy honda y tenía de ancho mas de cuatro brazas y de largo más de tres leguas. Estacáronla toda muy espesamente, las cuales estacas (que eran muy gruesas) les cupieron de parte a los tepanecas, coyohuaques, xochimilcas; y lo que mas espanta es la brevedad con que se hizo, que parece que ni fue oída ni vista la obra, siendo las piedras con que se hizo todo de güijas muy grandes y pesadas y trayéndolas de más de tres y cuatro leguas de allí; con que quedó la ciudad por entonces reparada, porque estorbó que el golpe de las aguas salobres no se encontrase con esotras dulces, sobre que estaba fundada la ciudad. Mostróse en esta obra Nezahualcoyotl muy valeroso y no menos esforzado Motecuhzuma, porque ellos eran los primeros que ponían mano en esta obra, animando con su ejemplo a todos los demás señores y macehuales que en ella entendían.

Este mismo año se rebelaron los chalcas que (como atrás dejamos dicho) aunque fueron vencidos y muerto su rey, no por eso quedaron sujetos ni acobardados; pero fue el rey Motecuhzuma contra ellos con toda la más

gente que pudo y los venció y redujo a su obediencia, aunque murieron de los mexicanos en la batalla los capitanes de más valor y cuenta que Motecuhzuma llevaba, llamados Tlacahuepantzin y Tzontemoctzin, con otros muchos de grande valor y estima, porque eran los chalcas, y lo fueron siempre, muy valientes y de mucho corazón.

Dos años después de pasada esta inundación dicha, hubo hambre casi universal en toda la tierra fría, porque cuando los panes estaban ya en xilote (que es como decir estar la espiga en leche) cayeron grandes hielos, unos días tras otros y los abrasaron todos; de manera que este año no se cogió grano de maíz, pero valíanse de el que tenían recogido del año antes, y con este reparto no sintieron estas gentes mucha hambre. Pero el siguiente luego sucedió lo mismo que el pasado, que estando en leche la mazorca sobrevinieron hielos que todo lo abrasaron. También el año que se siguió a éste fue de mucha seca y no cogieron nada. Habiendo ya tres años que no tenían cosecha y se sustentaban del poco maíz que quedaba del atrasado, llegó el cuarto año en el cual como no tenían semilla no sembraron, y el año también que no ayudó, por ser muy avieso; de aquí resultó una grandísima hambre y tanto que llegaron estos pobres mexicanos a comer raíces de tulin (que es la que llamamos nosotros enea o espadaña) y otras raíces de yerbas silvestres, por no tener cosa que comer; y llegó a tanto la penuria que se vendían los unos a los otros por precio de maíz; y viendo el rey y su consejo que esto pasaba y que era fuerza pasar así, porque de todo punto no perecieran los mexicanos, dieron permiso de que ya que se hubiesen de vender por esclavos, fuese el valor y precio de una doncella, cuatrocientas mazorcas de maíz, que desgranadas hacen una hanega o poco menos, y el de un mancebo o mozo, fuesen quinientas mazorcas. En esta grande necesidad acudió el piadoso rey a favorecer a sus vasallos, abriendo sus graneros y trojes y repartiéndoles de los panes y semillas que en ellas tenía recogidas (que eran en mucha cantidad). Y no les fue de poco alivio a estos mexicanos este socorro, pero como eran muchos no bastó a suplir la necesidad, en la cual murieron muchos. Y viendo el rey la mortandad que había y que no podía socorrerlos en ella, dioles licencia y permiso para que pudiesen salir del reino a buscar que comer, en cuya despedida, abrazando a muchos con grande ternura de su corazón y lágrimas de sus ojos, los despidió y de esta vez dicen que salieron muchos que nunca más volvieron. Unos, porque en los caminos se morían de hambre; y otros, porque fueron a aportar a tierras remotas, donde viéndose apartados y distantes, poblaron por allá y se quedaron. Dícese también que en toda la provincia de Totonacapan (que son aquellas gentes que primeramente recibieron a Hernando Cortés y los primeros que con él se confederaron) hubo maíz, y así fueron muchas gentes de estos aculhuas y mexicanos a comprarlo y daban en precio de él sus hijos y hijas, porque no tenían ya otra hacienda ni cosa con que rescatarlo.

El año siguiente fue el del fuego nuevo de estas gentes, que llamaban toxiuhmolpia (como en otra parte hemos dicho) que venía a caer de cincuenta y dos, en cincuenta y dos años. Este año tenían por particular y

prodigioso y así lo fue, que habiendo pasado la hambre dicha y no habiéndose sembrado ninguna semilla, fueron muchas las aguas y el año tan próspero, que las mismas tierras dieron maíz, huauhtli, chian y frijoles y otras muchas legumbres, con que quedaron todos los de la tierra muy hartos y prosperados. Esto afirman así las historias y pinturas de aquel tiempo; y aunque parece cosa dificultosa que nazca una semilla que no se ha sembrado, no lo es en esta ocasión, pues el demonio, que se preciaba de su dios y los ayudaba y favorecía en otras muchas ocasiones, pudo sembrar estas semillas invisiblemente y después nacer ellas con el riesgo de las aguas del cielo, que fueron muchas y abundantes este año; y así se dice que nacían estas plantas por los montes y valles y por todas las tierras donde jamás las había habido.

CAPÍTULO XLVIII. *De otras guerras que el rey Motecuhzuma y Nezahualcoyotl hicieron a otras provincias que sujetaron a su obediencia*

STE MISMO AÑO, QUE FUE TAN FÉRTIL y abundoso de panes, quedaron los mexicanos y aculhuas muy descansados para hacer guerra a los que se ofreciesen; y sucedió en esta ocasión que el señor de Cohuaixtlahuacan, en tierras calientes y distantes de esta ciudad, llamado Atonaltzin, había hecho guerra a muchos convecinos suyos y héchose señor de muchas gentes. El cual, aunque había oído la grandeza del reino mexicano y sabía las grandes victorias que sus reyes habían tenido, no haciendo caso de ellos no dejaba pasar por sus tierras a ningún mexicano, y les hacía todo el mal que podía. Agraviado de esto el rey y enojado, envióle sus mensajeros, y por ellos a decir lo mal que lo hacía, que si era verdad que quería mal a los mexicanos y que siendo así, se apercibiese para la guerra y que los aguardase, que presto serían con él, como quisiese recibirlos de guerra. Atonaltzin, que se hallaba señor de muchas gentes y era de ánimo soberbio y atrevido, mofando y haciendo burla de la embajada hizo sacar algunas de sus riquezas, y puestas delante de los embajadores les dijo: estas cosas y otras más ricas me dan mis vasallos con que me tributan, llevádselas a vuestro señor Motecuhzuma, y decidle que las reciba y que vea lo mucho en que soy estimado de mis gentes y criados, y que si yo le venzo en la batalla, que me avise qué es lo que le tributan los suyos, porque como se lo dan a él me lo han de dar a mí, y si él me venciere le haré señor de todo aquello que me tributan a mí los míos; y porque no es costumbre de reyes y señores dar la muerte a los embajadores que vienen a sus tierras y señoríos, y es gran vileza poner manos en los inocentes, no os mando matar; pero llevad este presente y decidle a vuestro señor lo que os tengo dicho.

Con esto quedó Atonaltzin desafiado y los embajadores se vinieron y representaron con mucha y buena retórica su embajada al rey, que no menos